CAPÍTULO I

Experiencia en acción

Utilidad de la moneda.—Sus progresos paralelos á la civilización.—El alterarla es falsear todas las relaciones sociales.—Deber de los Gobiernos.—Moneda universal.—M. Frére-Orban, iniciador de las convenciones internacionales.—Los monometalistas.—Experiencia monetaria que aducen.

Después del aire y el agua, no hay nada más util que la moneda, nos decía uno de los delegados que América envió en 1881 para invitar á Europa á que pasara la vista ante los males que la cuestión monetaria hacía pesar tan gravemente sobre el comercio, sobre la industria, sobre la actividad general y sobre el bienestar común del mundo.

La moneda, sirve en efecto, para saldar todas las deudas, reparar todos los perjuicios, comprar todo lo que el aire rodea, todo lo que sobre la superficie del globo existe, todo lo que las entrañas de la tierra, las profundidades de los ríos y de los mares pueden contener ú ocultar en riquezas y valores propios al desenvolvimiento de la humanidad, á la satisfacción de las necesidades, ó al disfrute de las pasiones buenas ó malas de los hombres.

La moneda es, ante todo, un instrumento universal de cam-

bio; así aparece con la misma civilización, marchando al compás de ella, disminuyendo unas veces, aumentando otras con más frecuencia.

Las penalidades todas de los pueblos están basadas sobre la moneda.

Los tributos é impuestos que gravan sobre las naciones; los emolumentos de los funcionarios que las gobiernan; los salarios del obrero que descuenta la producción futura; los atrasos de un rentero que vive de un trabajo perfecto y de las economías hechas, todo en la sociedad se traduce por la moneda.

Falsear la moneda, cambiar su naturaleza, enrarecerla ó hacerla más abundante, es torcer la harmonía de todas las leyes, de las relaciones comerciales ó civiles, y estamos en el derecho de decir, que el desenvolvimiento de la riqueza pública, la seguridad del crédito, la facilidad de los cambios, esas bases fundamentalas de la industria y del comercio de los pueblos, están ligadas por conexiones muy íntimas, á un buen sistema monetario.

No queremos anticipar ideas sobre materias que más tarde trataremos y que explicarán la considerable influencia que la moneda ejerce sobre el crédito y sobre la actividad social. Lo que acabamos de decir, es suficientemente ámplio para hacer comprender el interés actual de la cuestión que nos ocupa, y el deber que se impone á todos los Estados de reglarla por el modo más inmutable ó fijo posible.

Cuanto más aumentan los medios de comunicación; cuanto más se multiplican los cambios y más se ensancha la civilización, sometiendo á sus hermosas leyes nuevos pueblos y nuevas regiones, más y más se hace sentir, y más se hace imperiosa la necesidad de la moneda. Por otra parte, las recientes minas de oro y de plata añaden cada día nuevas cantidades de metal á las que han sido ya esparcidas por el mundo desde la creación, y la moneda aumenta con la civilización que engrandece.

Esta doble latitud de la civilización por un lado, y la moneda por otro, no se ha cumplido sin experimentar algún mal ó algún dolor; el cuerpo social como el cuerpo humano, tiene sus enfermedades, tiene sus fiebres. A veces, una de sus partes permanece en reposo, pero en sus grandes rasgos, la historia nos muestra á la civilización y á la moneda, desenvolviéndose unidas, reposando la una sobre la otra, y rindiendo así cada día más solidarios los pueblos. Así también puede decirse, que, poseer una moneda

que tenga curso en el mayor número posible de países, es el complemento indispensable de la libertad comercial moderna.

Como veremos en las páginas siguientes, estamos muy separados de este ideal que brillara un instante á nuestros ojos en 1865, cuando M. Frére-Orban, invitó al gobierno francés á que tomase la iniciativa de enlazar por medio de una unión monetaria á los pueblos que tenían ya la misma moneda, es decir á Francia, Italia, Bélgica y Suiza, y que habrían podido llegar así á dar comienzo y cuna, á una moneda uniforme, internacional, que circulara por todas partes.

Durante sesenta y dos años, desde 1803 á 1865, estos cuatro países habían emitido las mismas monedas, y aunque entre sí no tenían ninguna convención que les ligara, habían adoptado la moneda bimetálica por una suerte de consentimiento tácito, y acuñaban tanto oro como plata según producían las minas; emitían monedas de 5 francos plata y 20 francos oro, en cantidades que no eran limitadas más que automáticamente, es decir, según las necesidades del comercio (1).

Hasta entonces había parecido que los inmensos progresos realizados por estos pueblos en la primera mitad de nuestro siglo, progresos desconocidos en la historia hasta esta época, debían hacer desear el mantenimiento de nuestras leyes monetarias, y la continuación de la influencia tutelar que éstas ejercían sobre la civilización moderna.

Pero no habíamos contado con una nueva secta de economistas, de la que Michel Chevalier fué el gran sacerdote que extendió la teoría llamada del simple etalón, denominada hoy más exactamente del monometalismo, la cual consiste como la palabra lo indica, en suprimir por completo uno de los dos metales de los que ha venido sirviéndose el mundo desde su creación, sea el oro como sucedió entre 1851 y 1865, sea la plata, como pudo verse más tarde durante 15 años (1870 á 1885.)

---

(1) Se entiende por monedaje *automático*, el que se practica libremente sin ningún concurso del Estado, si no se extiende éste á la garantía del peso y título; cualquiera puede transformar á su voluntad los lingotes en moneda, de tal modo, que usando de esta facultad, desde qué en ello se encuentra ventaja, son en realidad las mismas necesidades del comercio las que por los precios que ellas provocan á los metales preciosos, determinan si existe ó no la necesidad de moneda y si es ó no útil su acuñación.

Esta es la exposición de la gigantesca experiencia probada 20 años por los viejos profesores de Europa con menoscabo de los intereses del comercio, de la industria y de la hacienda de nuestro viejo mundo, y á pesar de las enérgicas protestas de la joven América, que en dos diferentes ocasiones, ha cruzado el Atlántico para hacerlas oir ante la Europa, á quien previamente convocara y reuniera.

Peligrosa experiencia cuyo estudio nos proponemos hacer.

CAPÍTULO II

Lentitud de las experiencias monetarias

La experiencia actual viene desde hace veinte años.—Intermitencia de entusiasmo y frialdad, signo de fiebre.—Opinión de Pascal.—Peligros de la precipitación.—Opinión de M. M. Leon Say y Dumas.—Baja demasiado pronta del oro predicha ya en 1851.—El franco desciende rápidamente de título en 1865.—Este era la base monetaria.—Desde 1870 se pudo realzarla.—Por el contrario, viene la separación de la plata en 1873; su descenso.—Cinco francos de plata, no valen más que cuatro.—Mil cuatrocientos millones de pérdida en la moneda.—Es imposible continuar así.

Acabamos de ver en el capítulo precedente, que desde hace 20 años, nuestra vieja Europa está sobre una gran experiencia monetaria, de la cual sufre todas las aventuras aleatorias, y en consecuencia todos los gastos; más lejos calcularemos su importancia.

Lo que más nos llama la atención al primer golpe de vista, es, que 20 años de trabajos asíduos, de sumarios, contrasumarios, de congresos y conferencias, no hayan llevado ninguna solución á las cuestiones en suspenso; diríase que el mundo, abrasado en ciertos momentos por la fiebre monometálica, llega á ser indiferente, y á no sentir la importancia de la cuestión que se debate.

Parecemos actualmente reducidos á este estado de indiferencia momentánea de que Pascal dice: «La naturaleza del hombre,

no sigue adelante siempre, sino que tiene sus idas y venidas. La fiebre tiene sus frios y sus ardores, y el frio demuestra la intensidad del ardor de la fiebre, tanto como el calor mismo.»

Es probable que estas alternativas, rechacen el término de las experiencias monetarias, pero hay todavía otros motivos que explican la lentitud con la cual estas se prosiguen.

Cuando se trata de experimentar de qué metal deberán continuarse haciendo las monedas, lo que sobre todo se inquiere, es, de apreciar la influencia de las producciones de oro y plata. Michel Chevalier nos hace advertir (1) que un cambio notable en la producción de metales preciosos, no modifica instantáneamente su valor, y que se puede pasar en silencio por consecuencia, cuando las observaciones se limitan al espacio de tiempo que embarazan las transacciones más comunes; para apreciarlas, es necesario se consideren en periodos más largos.

Como hacía observar León Say (2) cuando era ministro de Hacienda en Francia y presidente de la comisión monetaria internacional reunida en París: «Las cuestiones monetarias son todas, sin excepción, cuestiones prácticas que no pueden ser, no solamente resueltas, ni siquiera abordadas ó esclarecidas, más que por el estudio de los hechos y de sus correlaciones.»

Necesario es, pues, dar tiempo á los hechos para que puedan producirse.

En cuanto los hechos se realicen, nos encontraremos entonces solamente ante el problema del monometalismo, el más difícil y peligroso que puede imaginarse, problema que Mr. Dumas miembro del Instituto, caracterizaba por estas sabias y elocuentes palabras. «Las personas que abordan esta cuestión por primera vez, la resuelven inmediatamente; las que la han estudiado con detención titubean; y las que están obligadas de llevarlas á la práctica, dudan, y se detienen asustadas, ante el peso de la enorme responsabilidad.»

Así es que, en ciencia monetaria, es difícil amenudo y siempre imprudente el sacar argumentos de hechos demasiado recientes; por eso se explica que el ilustre Michel Chevalier, por ejemplo, propagador primitivo del monometalismo en Europa, hubiese

(1) Cours d'economie politique. La monnaie Sec. XI ch. II.
(2) Sesión del 10 Agosto 1878.

cometido el error de afirmar la baja del oro, y de predecirla en breve dilación al conocerse el descubrimiento de la California en 1850 y de las primeras avalanchas de oro que inundaron al mundo en esta época.

Fué demasiado apresuramiento, como más tarde se vió, y así y todo, este error era completamente natural, por que en presencia de la enormidad de las producciones californianas, parecía cierto que el oro debía disminuir de valor hasta el punto de que llegara á ser impropio para desempeñar sus antiguas funciones monetarias. Las nuevas teorías monometalistas de M. Michel Chevalier, estaban de tal modo impuestas por su gran autoridad, que no se dudó de ellas, pero sí dieron lugar á que se tratara de desmonetizar el oro.

Fueron necesarios más de 10 años para que el mundo volviera de este error. Las minas de oro de la Australia, agregaban con su contingente al de las producciones californianas, y probado en fin, que el verdadero valor del oro no estaba en relación exacta con las cantidades suministradas á los mercados por las minas, era necesario que el oro, á pesar de las inmensas cantidades esparcidas por el mundo, cantidades sin precedente hasta entonces, no hubiese descendido, para que se hubiera asegurado la certidumbre de que al desmonetizarle, se llevaba al comercio, la industria y los progresos del globo á un violento cataclismo.

Debía parecer, que acabando de evitar semejante peligro, la experiencia consumada habría de ser suficiente para persuadir que no debiera ni tocarse á un sistema monetario cuya solidaridad suministraba pruebas tan irrecusables. No fué necesario.

En 1865, faltaba la plata en la circulación, hasta tal punto, que la moneda pequeña por muy desgastada que estuviese, desapareció bajo el imperio de los enormes precios que la India y China pagaban para apropiársela en saldo á las riquezas que esos paises enviaban á Francia.

Demasiado prontos para alarmarse los pueblos occidentales, creyeron que debían ser tomadas algunas medidas respecto á esto, y que desapareciendo para siempre la plata en el extremo Oriente, vendría á ser imposible en adelante el funcionamiento natural de la ley monetaria que regía desde 1803.

El *franco*, que como más tarde veremos formaba la llave de bóveda de nuestro edificio monetario, y que estaba representado

por cinco gramos de plata al título de 900, fué bajado de una sola plumada al de 835.

Era esta la ruptura implícita de nuestra antigua unidad monetaria. Sistema bastardo, puesto que la pieza de 5 francos de plata, valía y se mantenía 6 1[2 por 100 más que cinco piezas de 1 franco que en nuestra ley fundamental forman solas todavía la verdadera unidad legal monetaria.

Resultaba pues, una ley de circunstancias: y nada más peligroso como se sabe, que las medidas tomadas bajo la acción de emociones momentáneas.

De tal modo es evidente, que cinco años después, en 1870, hubo que promulgar leyes diametralmente opuestas á la que decretó la baja del valor intrínseco del franco. En 1870 no es la rarefacción de la plata la que entonces amenazó, sino la abundancia que presentaron las nuevas minas en el Far-West americano. Seguidamente Alemania abandonó este metal, y acto contínuo, con una impresionabilidad menos razonada, Francia, Bélgica, Italia, Suiza y Grecia, reducen la acuñación de plata en 1873-1874, y terminan por suspenderla completamente en 1878.

Esta suspensión, fué un paso tímido hacia el monometalismo oro. Desde que se dió este primer paso, no se ha encontrado ningún medio de llevar más adelante la realización de este sistema, y después de esta época, tenemos en la circulación interior de los Estados bimetalistas, cerca de siete mil millones de piezas de plata de 5 francos (1) que en realidad no valen más de 4 francos 10 cénts, si pasan la frontera de los países en que han sido acuñadas, lo cual constituye para esos Estados, una pérdida neta actual de 1.400 millones.

Acabamos de explicar las razones por las cuales ha podido durar tan largo tiempo la experiencia monetaria que en Europa se persigue desde 1865.

Ahora nos resta demostrar, los verdaderos caracteres que hoy reviste, el estado agudo que ha adquirido, y la imposibilidad de que éste dure así por más tiempo. Este será nuestro ensayo del capítulo siguiente.

---

(1) O su unidad correspondiente, dollars en América, marcos en Alemania, pesetas en España, etc.

CAPÍTULO III

Estado monetario actual

El delegado que América envió á Europa comprueba los desórdenes monetarios causados por las conferencias.—Opinión de M. Cernuschi.—Tela de Penélope; vuelta de Ulises.—Este estado agrava la crisis actual.—Bajaría la lana si se impidiese la fabricación del paño.—La plata desciende desde que se impide su acuñación.—Cinco mil millones de pérdida total.—Otras pérdidas.—Las Indias y otros paises con monedas de plata se cierran al comercio.—La crisis podría explicarse.—Desenvolvimientos.—Dos veces llama América la atención de Europa sobre la gravedad de los acontecimientos.—Esta permanece sorda.—Necesidad de encontrar una conclusión.—Monometalismo ó si no bimetalismo.

Hasta estos últimos tiempos, el mercado monetario del mundo estaba basado sobre una suerte tal de consentimiento mútuo y tácito, que establecía de un modo casi permanente el valor de los metales preciosos entre todos los pueblos.

Fortuita ó razonadamente, existía á no dudarlo esa inteligencia resultado de la costumbre, de la voluntad ó de las leyes.

El delegado del gobierno americano M. *Evarts* comprobaba